



## **Ratzinger, Joseph (2023): *Vivir como si Dios existiera. Una propuesta para Europa*, Ediciones Encuentro, Madrid, 331 pp. ISBN: 978-84-1339-139-7.**

**Cristhian C. Camargo Camacho**Universidad Complutense de Madrid, España  <https://dx.doi.org/10.5209/Ilur.91064>

Tras el fallecimiento de Benedicto XVI, las reflexiones en torno a su pensamiento se encuentran en pleno auge. Prueba de ello es la publicación de este libro, el primero de una serie impulsada por el Real Instituto Universitario de Estudios Europeos de la Universidad San Pablo. Con una presentación de Jaime Mayor Oreja<sup>1</sup>, y un estudio introductorio de Ricardo Calleja Rovira<sup>2</sup>, nos encontramos ante una serie de textos que recorren de manera transversal buena parte del pensamiento de Benedicto XVI, el cual supera con creces el ámbito de la teología y se pone en diálogo constante con la política y la cultura europea.

Un elemento a destacar es su estructura y contenidos, donde queda patente la intencionalidad de Ricardo Calleja a la hora de seleccionar los textos y la disposición de los mismos, pues no se centra exclusivamente en los escritos del papa que versan estrictamente sobre cuestiones sociopolíticas, sino que parte de elementos mucho más profundos y, presumiblemente, de mayor interés para el pontífice, como lo son el sufrimiento y el amor, el deseo y la belleza, entendiendo su desarrollo como las raíces de una tradición europea para luego relacionarlos con el devenir del individuo y la sociedad de nuestro tiempo.

La obra inicia trazando una filosofía de la historia la cual encuentra su sentido en el momento en que un Dios se hace hombre, entra en la historia, sufre y con ello abre la puerta a la esperanza de la salvación. El sufrimiento resulta ser parte de la esencia humana, tanto a nivel individual como colectivo, llegando incluso a ser determinante en cuestiones como la verdad y la justicia. Poco a poco, a lo largo del texto, se establece un diálogo entre lo religioso y lo político a través de los conceptos arriba señalados. De esta manera, lo que empieza siendo una reflexión sobre el amor, evoluciona dando paso a una alternancia entre el deseo de Dios como elemento natural del ser humano y el rechazo de dicha idea en el occidente secularizado, la relación de *eros* con *ágape* y el imperativo del amor al prójimo, la crisis que amenazaría a los fundamentos de la familia y el papel de la caridad. En esta última se hallaría una primera conjunción entre lo teológico y lo político, pues en esta expresión de amor (*caritas*) se sintetizaría tanto la relación con Dios como con el prójimo, abarcando así desde las relaciones interpersonales hasta internacionales, pasando por las económicas y sociales. En este punto, Benedicto XVI recalca la importancia de la caridad en el espacio público, la cual ha de ir de la mano con la verdad y la justicia.

La cuestión de la verdad, tal y como nos recuerda el prologuista, es el marco general de la obra de Benedicto XVI, de ahí que esté también intrínsecamente relacionada con la noción de libertad. Plantea que el hombre contemporáneo halla en la libertad su bien máspreciado, tanto así que la «propia voluntad es la única norma de nuestra acción y no solo podemos deseárselo todo, sino además tenemos la posibilidad de realizar los deseos de esa voluntad» (2023:117). Se cuestiona entonces hasta qué punto es libre la voluntad, cuál es su relación con la razón y de qué manera dicha relación ha de redundar en la búsqueda de una razón común y la compatibilidad de libertades en la sociedad. Es en este punto donde entra el marxismo, teoría política que a ojos de Ratzinger creía conocer el camino científico hacia la conquista de la libertad humana, poniendo sobre la mesa la posible realización del reino de Dios en la tierra. Esta interpretación del marxismo, tal vez mediada por la lectura de Karl Löwith y su *Historia del mundo y salvación*, concluye con la premisa según la cual si bien tras la caída del socialismo real habría quedado demostrado el fracaso político y económico de sus postulados, aún estaría pendiente la derrota intelectual. Esto se debería a los grandes problemas del sistema liberal, aparentemente incapaz de hacer partícipe a todos de los frutos de la libertad, siendo muchos los que se ven afectados por el desempleo y la pobreza, la explotación o el crimen organizado.

<sup>1</sup> Exdiputado, exministro del interior, actualmente preside el Real Instituto de Estudios Europeos.

<sup>2</sup> Doctor en Filosofía del Derecho y Política por la Universidad Complutense de Madrid, profesor de Ética empresarial en el IESE de la Universidad de Navarra.

La libertad se plantea aquí como el elemento que define a la modernidad, viéndose fuertemente marcada por Kant y su *sapere aude*, lo que implica un programa filosófico pero también político: «la razón reinará y en definitiva no se acepta otra autoridad fuera de la razón» (20213: 121). Su influencia resultaría evidente tanto en la tradición iusnaturalista anglosajona, tendiente a la democracia constitucional, como en el pensamiento de Rousseau y el de quienes beben del mismo. La primera plantearía los derechos como algo innato, previo a cualquier forma de gobierno, por lo que la libertad no le sería dada al hombre, siendo este el germen de la idea de los derechos humanos, idea tan revolucionaria como metafísica, encontrándose estos derechos en la naturaleza humana pero en oposición a la comunidad, de la cual habría de protegerse. En este punto halla Benedicto XVI una coincidencia con la segunda corriente, en tanto que para Rousseau «todo cuanto debe su origen a la razón y a la voluntad es contrario a la naturaleza y la corrompe» (2023: 123). Un breve recorrido por Nietzsche, el nazismo, la revolución francesa y el desarrollo del marxismo, mediados todos por la noción de la libertad, lleva al autor a reflexionar sobre Jean Paul Sartre y su pensamiento, al cual considera «la filosofía tal vez más radical de la libertad en nuestro siglo» (2023: 127).

El hombre condenado a ser libre, señala Ratzinger pensando en Sartre, carecería de naturaleza o, en todo caso, es indeterminada, es pura libertad y puede decidir por sí mismo qué entiende por humanidad, qué hacer con ella y cómo moldearla, separando a tal grado la libertad de la verdad, llegando a la conclusión ineluctable de la inexistencia de esta última. Como respuesta, el Benedicto XVI señala a la libertad como un bien indisoluble de otros bienes y no es posible restringirla exclusivamente a su noción individual: la libertad posee límites y, ante todo, habría de ser concebida no como competencia sino con ánimos de mutuo apoyo. Si la libertad es compartida, el derecho no es su antítesis sino en todo caso su condición *sine qua non*. Mas se nos recuerda inmediatamente que, como dijera Agustín, un Estado regido únicamente en función a los intereses comunes, dejando a la justicia de lado, no es más que una banda de ladrones bien organizada. Llegado a este punto, señala el autor la importancia de escuchar a las grandes tradiciones religiosas, las cuales de alguna manera se preocuparían por lo que es lo justo, lo bueno, tanto en el presente como de cara al futuro. Esta postura se apoyaría en el hecho de que, de lo contrario, lo justo y lo bueno serían dirimidos por el consenso alcanzado por quienes elaboren los argumentos más racionales. Esto, señala Ratzinger, no sería más que la «arrogancia elitista» de una «dictadura intelectual» (2023:135).

Las relaciones entre la verdad, la fe, la libertad y la razón continúan desarrollándose a lo largo del texto, dando pie a una mayor elaboración de la filosofía de la historia enunciada al inicio de esta reseña, en donde se cuestiona la fe en el progreso, trazando una relación entre la capacidad del ser humano para disponer del medio y el aumento de su poder de destrucción. Reconoce que nuestro tiempo se ve marcado por una moralidad enmarcada en cuestiones como la justicia, la paz o la conservación del medio ambiente, lo cual considera como algo necesario y, sin embargo, las lógicas de la política partidista parecieran ser impermeables a dichas grandes cuestiones. La lógica de un mundo regido por el cálculo de las consecuencias no derivaría en otra cosa que el relativismo moral, llegando al punto en que nada es bueno o malo en sí mismo, sino dependiendo de las consecuencias que pudiera acarrear cualquier acción.

El último bloque de la obra, el cual versa concretamente sobre Europa, contiene interesantes reflexiones con respecto al fallido proyecto de Constitución Europea, centrándose en dos temas de especial interés para el pontífice: la categorización de Europa como civilización cristiana y el posible acceso de Turquía a la Unión. Dicho debate da paso a reflexiones con respecto a la herencia de la Ilustración, y la pregunta de si realmente los valores de occidente pueden ser considerados como universales.

A modo de conclusión, resulta patente la vigencia que tiene el pensamiento del papa Benedicto XVI a la hora de entender el camino recorrido por la Iglesia Católica en las últimas décadas, así como para comprender el actual pontificado de Francisco, pues no son pocos los puntos de encuentro, así como los disruptivos, entre un papado y otro.